

SANCHORREJA Y EL BERRUECO: DOS PIEZAS CLAVES EN LA CONFIGURACIÓN DE LA CULTURA DE COGOTAS I

GERMÁN DELIBES DE CASTRO

Universidad de Valladolid

Quienes hemos dedicado buena parte de nuestro trabajo al estudio de las fases más modernas de la Prehistoria de la Submeseta Norte sabemos de la enorme deuda de gratitud contraída con la figura del doctor Maluquer de Motes. El Profesor, al que hoy –y por fin– tan justa y merecidamente se homenajea, debió encontrarse en el momento de tomar posesión de su Cátedra de la Universidad de Salamanca, mediada la centuria que concluye, con la sorpresa de que, con la salvedad de los trabajos de Gómez Moreno y del padre Morán sobre los dólmenes de Salamanca y Zamora, la investigación del Neolítico y la Edad de los Metales en el baluarte meseteño constituía un desolador yermo. La gravedad de la percepción llegaba al punto de no ser raro preguntarse por entonces si tales tierras, a merced de unas condiciones climáticas y una orografía adversas, no habrían constituido un precoz y premonitorio “desierto del Duero” cuyo vacío poblacional sólo llegaría a superarse, en la antesala de la Historia, con los pueblos prerromanos.

A Maluquer correspondió el mérito de haber deshecho tamaño entuerto. Tuvo la lucidez de percibir la raigambre occidental y la cronología neolítica avanzada de los dólmenes salmantinos; barruntó, gracias al testimonio de La Mariselva, en El Berrueco, la existencia en el occidente de la Meseta de una relativamente precoz Edad del Cobre; supo, tras magistral disección de la problemática de la tumba en fosa de Villabuena del Puente, reivindicar un puesto de privilegio entre los grupos campaniformes europeos para la “civilización” de Ciempozuelos; y, más importante aún en mi opinión, contribuyó decisivamente a bosquejar y a poner los cimientos de esa que hoy

conocemos como cultura de Cogotas I, interpuesta de forma no muy precisa entre el referido horizonte de los campaniformes incisos y los albores de la Edad del Hierro.

Como resultaba normal entonces, sin que nadie tuviera la clarividencia de reconocerlo, Cogotas I no pasaba de ser una cultura arqueológica, una ambigua realidad definida a partir de un elenco instrumental que, más o menos recurrentemente, se manifestaba en un marco geográfico dado. Y sus elementos distintivos, no exentos de valor diagnóstico en lo genealógico, eran dos originales técnicas utilizadas para la decoración de sus cerámicas, la excisión y el Boquique, en las que Maluquer vería –y fue idea excelentemente acogida– la expresión arqueológica de sendas aportaciones étnicas: europea en el primer caso (un desdibujado préstamo de tradición Urnenfelder o hallstättica) y local en el otro (al fondo, Ciempozuelos y la estirpe meseteña de las vajillas decoradas con incrustación de pasta blanca). Cogotas I se convertía, así, en una atractiva cultura, compromisaria de elementos de sustrato y foráneos, cuyo desarrollo, coincidente a grandes rasgos con la Primera Edad del Hierro, habría tenido lugar a partir del segundo tercio del Primer Milenio a.C.

Las excavaciones de Maluquer en el poblado de El Cancho Enamorado, en el Cerro del Berrueco (Salamanca), y el estudio, también efectuado por él, de la documentación de las iniciadas por Cabré, Camps y Sánchez Albornoz –dará al traste con ellas la Guerra Civil– en el castro de Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila), constituyen a no dudarlo los dos anclajes fundamentales de la investigación cogotiana en los años 60 y 70. Y, si bien es cierto que son muchos, afortunadamente, los conceptos que han evolucionado desde en-

tonces en el conocimiento de este horizonte –el indigenismo de Cogotas I se antoja hoy incontestable (continuidad en los modelos de poblamiento, en las actividades económicas, en las costumbres funerarias y hasta, por difícil que pueda parecer, en las tradiciones alcalleras), y su posición cronológica es claramente anterior a la intuida en origen, conforme acreditan el C-14 (una nutrida lista de fechas entre 1300 y 850 a.C.), la providencial asociación de cerámicas del Boquique y tardo-heládicas documentada en El Llanete de Los Moros, o la presencia reiterada de esas mismas especies en contextos del Sureste relacionados con la desintegración de la cultura de El Argar–, también lo es que numerosas aportaciones del maestro se mantienen incólumes, con el mérito complementario de haberse erigido en valiosos puntos de referencia para la andadura de la investigación más moderna.

Una de las cuestiones que ha concitado mayor atención últimamente en el debate cogotiano se refiere al grado de movilidad de las comunidades de aquel momento. Una movilidad que suele juzgarse bastante acusada, tomando en consideración principalmente tres factores: una supuesta economía ganadera predominante; la hipotética implicación de las gentes de excisión y Boquique en largos desplazamientos trashumantes, que explicaría hallazgos Cogotas I tan alejados de la Meseta como los del País Valenciano, la alta Andalucía o el valle del Guadalquivir; y, sobre todo, la ostensible falta de entidad de sus poblados, las más de las veces no más que “campos de hoyos” interpretados como los aduares de una población nómada, en contraste con la sólida y duradera arquitectura de los hábitats inmediateamente posteriores, de la cultura del Soto de Medinilla.

Las recientes pesquisas de Abarquero, encaminadas al estudio de la presencia de cerámicas excisas y del Boquique más allá de su “Área Nuclear” de la Meseta, ha puesto límite a las hipótesis trashumantes haciendo ver la mayor viabilidad de otras explicaciones (v.g. el intercambio de mujeres) a la hora de justificar esos hallazgos aislados de la periferia peninsular. Por otro lado, tampoco la documentación arqueológica se ajusta de forma plenamente satisfactoria a la teoría de un régimen pastoralista puro, al registrarse por doquier silos –subterráneos, revocados y con semillas en su interior– en precisamente los sectores con mayor potencial agrícola de la cuenca media del Duero. Y en cuanto al argumento de la falta de entidad arquitectónica de los hábitats, es algo también a discutir, por cuanto ha llegado a

comprobarse que, con frecuencia, esos poblados más o menos efímeros que identificamos con los “campos de hoyos” son sólo el complemento de otros de entidad mucho mayor y de gran presencia espacial, esto es una manifestación parcial de un modelo de poblamiento complejo y jerarquizado como el que se atestigua en torno a establecimientos centrales de la importancia de los vallisoletanos de Carricastro y Cogeces del Monte, de Cevico Navero, en Palencia, de la Mesa de Carpio Bernardo, en Salamanca o del Ecce Homo, en este caso al Sur del Sistema Central.

Mas lo que no deja de ser sorprendente es que esta situación pueda hoy presentarse como algo rigurosamente nuevo, esto es, como el resultado de una reciente y genial intuición, por cuanto sus términos estaban ya implícitos en los trabajos pioneros del maestro Maluquer. Por entonces ya se sabía, en efecto, de la existencia de los campos de silos, a través, sin ir más lejos, de la excavación por parte de Palol de los vallisoletanos de San Pedro Regalado; pero no faltaba el contrapunto, incomprensiblemente soslayado, de los “castros” de Sanchorreja y El Cancho Enamorado. Ellos constituían la mejor muestra de un tipo de hábitat emplazado en altura y con gran dominio visual, cuya ocupación más o menos continuada no era difícil deducir tanto de la considerable potencia de los sedimentos arqueológicos atestiguados en Los Castillejos, como de la entidad de las viviendas del Cancho Enamorado o como, sobre todo, de la enorme inversión que hubo de suponer el amurallamiento de este último –no se descarta otro tanto en Sanchorreja, según Tablas–, incomprensible de tratarse de un establecimiento transitorio.

Los viejos datos de Maluquer han vuelto a revestir gran importancia, por tanto, para iluminar el enigma del poblamiento cogotiano, como también la han tenido a la hora de poner algún orden en el sempiterno problema de las relaciones entre esta cultura de la Meseta y el fenómeno del Bronce Final atlántico. Una apasionante cuestión cuyos términos, por cierto, ya habían sido formulados por Maluquer en 1958 tras brindársele la oportunidad de recuperar un bello puñal de bronce, muy similar a los de la Ría de Huelva, durante la excavación de la choza *Be 6* de El Berrueco. Estaba en juego la atribución cultural de un considerable grupo de depósitos constituidos por hachas, lanzas, puñales y adornos de bronce –Huerta de Arriba, Padilla de Abajo, Covalada, Camposalinas, etc.– recuperados en, sobre todo, las tierras más septentrionales y orien-

tales de la Submeseta Norte, por cuanto de su aislamiento contextual era imposible deducir si se trataba de manifestaciones de los pastores de excisión y Boquique o ligeramente posteriores, y si tales bronce, fuesen quienes fuesen sus usuarios, revestían la condición de manufacturas locales o de productos foráneos, llegados a través del circuito comercial atlántico.

La intuitiva apuesta de Maluquer por la primera posibilidad se ha ido confirmando con el paso del tiempo. Inicialmente fue dado comprobar que las cartas de dispersión de los depósitos y de los yacimientos Cogotas I del Norte y Este de la cuenca del Duero se superponían de forma har-to elocuente. Más tarde, recurriendo a un análisis de menor escala, por ejemplo en el estudio de la región leonesa de Los Oteros, pudo advertirse la exacta coincidencia de los tipos metálicos representados en hábitats de excisión y Boquique (Castro de Ardón) y en depósitos próximos, como el de Valdevimbre. Además, el hallazgo en el santuario de Solacueva de Lacoymonte de una espada de empuñadura en "U", presumiblemente asociada a niveles con cerámica decorada con la clásica técnica de punto en raya, no sólo venía a favorecer la consideración de que todas las armas pistiliformes comparables aparecidas en los ríos de la Meseta eran atribuibles a los "pastores" cogotianos, sino también la sospecha de que su aislamiento, como el de la generalidad de los depósitos, obedecía al carácter votivo de los mismos: no otra sería la principal causa de su segregación sistemática de los poblados. Por último y caminando de puntillas, por razones de espacio, sobre la similitud de las coladas de los bronce de los escondrijos más antiguos y de los elementos metálicos –normalmente menos aparatosos– de los lugares de habitación, merecerá la pena dar cuenta del hallazgo de moldes diseñados para colar elementos atlánticos (puntas de lanza tubulares) en un yacimiento de filiación cogotiana tan poco dudosa como Piedrahita de Mucientes, por cuanto demuestra que la presencia en la Meseta de los nuevos tipos del Bronce Final es reflejo de algo más que una simple ampliación del mercado atlántico a las tierras interiores.

Vistas así las cosas, no tiene sentido defender, pese a la ostensible singularidad de su cultura material, un pronunciado aislamiento de los grupos de la Meseta. Las comunidades cogotianas

mantuvieron contactos con el círculo atlántico; se proyectaron de alguna manera, como vimos, por el Este y el Sur de la Península, y hasta se erigieron en bárbara periferia del mundo mediterráneo protoorientalizante, conforme se deduce de la llegada nada infrecuente de fíbulas arcaicas (las más antiguas, de arco de violín; después de codo, "ad occhio" y tipo Ría de Huelva) a través de intermediarios andaluces. ¿Arribarían por ese mismo procedimiento los controvertidos hierros de la choza *Be 2* de El Berrueco, cual propone atractivamente Almagro Gorbea? Todo hace pensar que así fue pues, si algo hay superado de la síntesis original del doctor Maluquer sobre la cultura en estudio, ello es su sujeción a una cronología excesivamente baja. Cogotas I no puede en modo alguno considerarse un Primer Hierro, sino un muy viejo Bronce Final (hay quien, de hecho, lo identifica con un BF I), por cuanto el fin de las cerámicas excisas y del Boquique sólo se generaliza en las tierras interiores a partir de la mitad del siglo IX a.C., cuando empieza a brillar con luz propia el horizonte del Soto de Medinilla. Los espectaculares y bien típicos poblados de la cultura del Soto descubiertos en Ledesma y en el Cerro de San Vicente, en Salamanca, acreditan la veracidad de tal decadencia también en el Suroeste de la cuenca del Duero, de suerte que no procede medir con el mismo rasero esos hierros tan antiguos como excepcionales de la choza *Be 6* y aquellos otros que –andaluces de origen y acompañando al jarro de palmeta de Coca, a las fíbulas ya de doble resorte, a las cerámicas pintadas de tipo Medellín o Los Alcores y a ciertos braseros de bronce– empiezan a franquear el Sistema Central desde el 700 como resultado de cada vez más asiduos intercambios entre las comunidades soteñas y el reino de Tartessos.

He intentado en estas breves páginas dejar constancia de cómo la investigación sobre el horizonte Cogotas I no ha dejado de dar frutos desde la talentosa siembra que, hace ya casi medio siglo, realizara el profesor Maluquer en Sanchorreja y El Berrueco. Sólo por eso su figura sería merecedora de un lugar de preferencia en la memoria de todos nosotros. Los que tuvimos el privilegio de tratarle personalmente, sin embargo, sabemos que el atractivo de su producción científica, con ser tanta y de tanta altura, apenas si constituía un pálido reflejo de su generosidad y bonhomía. Descanse en paz el gran hombre, el maestro y el amigo.

Valladolid, noviembre 1999